

EL CORAZÓN Y LA HIPOCRESÍA³¹⁹

1. Introducción al tema

El tema se presenta ante todo difícil, porque corre el riesgo de permanecer en el campo de la especulación y convertirse en un breve tratado sobre la hipocresía y su cultor, es decir, el hipócrita. Se vuelve arriesgado porque, temiendo salir a la luz, puede quedarse en lo impersonal y no alcanzar ninguna finalidad práctica, aunque debería ser un momento de reflexión sobre nuestra propia conducta. Pues la hipocresía es un peligro envolvente, ya que es cultivada en gran escala por un mundo materializado, interesado y en búsqueda de pedestales donde levantar su propia figura.

Incluso en la vida religiosa, ella puede ocultarse en rincones oscuros de nuestras formas y formularios de vida y, sobre todo en nuestro obrar cotidiano, donde fácilmente la necesidad de conservar la paz nos lleva a vivir apariencias ilusorias, tornándonos ciegos a los valores y llevándonos a cultivar antivalores: arrancamos el trigo y dejamos la cizaña, que tiene un brillo más violento y un poder de persuasión más elocuente porque puede echar mano de todos los disfraces. Por eso pensamos que no es inútil intentar penetrar un poco en el interior de esta palabra y revolverle las entrañas, para después entrar en nosotros mismos y descubrir los estragos que su presencia ha producido en nuestras estructuras personales.

2. En el campo de la semántica

Al enfrentarnos con un término, es muy conveniente detenernos un poco en su contenido, y descubrir sus orígenes pues en sus raíces se esconden misterios que vale la pena sacar a la luz. Porque, en general, usamos las palabras con la simplicidad con que nos fueron legadas, sin pensar que ellas también tienen su historia y que no nacieron de la mera casualidad. No sólo tienen significado dentro de un conjunto de palabras, sino que en sí mismas son un significado, que no solamente interesa a la gramática histórica sino también a los individuos que las manipulan y emplean día a día.

Por eso, nuestro primer paso será buscar el significado de *hipócrita* e *hipocresía*. Las dos palabras tienen su origen en la lengua griega, quien las legó al latín y éste al castellano. Los elementos que las componen son *hypo*, que significa *sub* o *debajo* (en el sentido de velado, secreto, oculto) y *krisis*, que quiere decir opinión, juicio, sentencia, acción o facultad de discernir. El sustantivo *hypocrisis* significa la respuesta de un oráculo y también la representación y la declamación. El sustantivo *hypocrités* significa el que interpreta un sueño o una visión y también el actor.

El empleo de este término está ligado a la historia del teatro, arte que tuvo su cuna, como todas las demás en la fecunda tierra de Grecia. Los historiadores, al examinar el desarrollo del teatro, atribuyen a Téspis la gloria de ser el iniciador de la tragedia ática, por haber introducido, alrededor del 534 antes de Cristo, varias innovaciones importantes en el núcleo representativo del nascente teatro. Entre sus innovaciones se destaca la importancia que dio al primer actor, al cual llamó *hypocrités* o *protagonistés*. porque entablaba un diálogo con el corifeo. Se trata, por lo tanto, del actor que representa en la escena un personaje que no es él, que vive una situación que no es la de él, que extravasa sentimientos que rigurosamente no nacen de una actitud personal, que asume modos y maneras que no le son característicos. Y como entre los griegos les estaba vedado a las mujeres el acceso a la escena, el *hypocrités* asumía incluso un sexo que no era el de él.

³¹⁹ De *Grande Sinal*, marzo 1978. Tradujo: Hna María Cándida Cymbalista, osb. Santa Escolástica.

Se comprende entonces por qué san Isidoro compara al hipócrita en la escena del mundo, con el actor que en el teatro oculta su rostro bajo la máscara para esconder quien es él. o que se pinta el rostro de varios colores para imitar la fisonomía del personaje que está encarnando, a fin de aparecer, ya como hombre, ya como mujer y engañar a los espectadores. San Agustín recurre a la misma imagen: así como los actores del teatro son enteramente diferentes del personaje que representan, en toda la vida humana, particularmente en la vida de piedad y de virtud, aquel que pretende parecer lo que no es, es un hipócrita, porque finge ser justo cuando no lo es.

Se comprende, pues, el sentido que el término fue tomando con el correr de los tiempos. Utilizado inicialmente para significar al actor que vivía papeles diversos en el escenario, dando vida a figuras que allí no estaban, con actitudes, vestimentas y sentimientos prestados, pasó luego a designar al tipo de hombre que vive una realidad que no es la suya, que se presenta con una personalidad que no es la de él. Pero así como el actor asumía estas modalidades como elementos de su profesión, para dar al público la sensación de otras épocas, de otros hombres, de otras vivencias, el hipócrita, tal como nosotros lo entendemos, asume estas facetas por interés propio, para enaltecerse ante la opinión pública, para adornarse, como bien se dice, con plumas de pavo real.

Por otra parte, los antiguos curiosamente usaban una comparación similar cuando comparaban al hipócrita con el cisne, como dice santo Tomás: *“Cygnus, avis immunda, coloris candida, longum collum habens, per quod ex profunditate terrae, vel aqueae, cibum trahit, potest significare homines qui per exteriorem justitiae candorem, lucra terrena quaerunt”*. En castellano: “El cisne, ave inmunda de color blanco y largo cuello, con el cual arranca el alimento de las profundidades de la tierra y del agua, puede representar a los hombres, que por el brillo externo de la justicia, buscan las ventajas terrenas”. Además, la blancura del cisne invocada por santo Tomás recuerda la de los sepulcros blanqueados con los que Cristo comparaba a los representantes más acabados de la hipocresía de su tiempo, los fariseos.

De allí la serie de sinónimos que recibió el término hipócrita en su trayectoria entre los hombres y que registran los diccionarios: falso, simulado, fingido, disimulado, disfrazado, desleal, beato, santurrón, que se sirve de la hipocresía; ésta a su vez, significa hábitos de fingimiento, disfraz de devoción o de virtud o de sentimientos que no se poseen, impostura, deslealtad, falsedad, falsedad en la apariencia. Son términos conocidos de nuestro lenguaje cotidiano y, a pesar de que ha pasado mucho tiempo desde que esta palabra apareció por primera vez en los escenarios griegos, no ha perdido hoy nada de su significación, no sólo en el campo etimológico sino –lo cual es más doloroso– en la vida pública y oficial, hasta el punto de creer que determinadas circunstancias sólo pueden ser superadas echando mano de la hipocresía, sistema que funciona también en la caza de careos, empleos, posiciones y en la conservación de los mismos. En la literatura satírica, fue un tema muy fecundo, digno de estudio.

El término se escapó de los escenarios. Ya nadie en nuestros días osaría llamar hipócrita a un actor profesional, por el hecho de ejercer la profesión artística y desempeñar la función que el término caracterizaba cuando fue creado. Pero, en compensación, el gran escenario del mundo se llenó de actores que no pueden ser ubicados en la familia de los artistas –aun cuando saben representar muy bien su papel– y que andan por allí esforzándose por vender apariencias, usando mil máscaras y ocupando un lugar en los múltiples rincones donde puede instalarse un hombre, sin exceptuar ningún grado de la escala social, ni siquiera respetando la clausura... Es el choque de dos realidades, la interna y la externa, que luchan bajo el impulso de la pasión y del provecho, en la búsqueda desenfrenada por adquirir una posición en el escenario del mundo, sin que importen las leyes, ni los códigos, ni los mandamientos, ni las prescripciones, ni las promesas o amenazas, tanto en la vida presente como en la vida futura. El hipócrita usa y abusa de Dios, pues pretende dar la impresión de estar trabajando por El, cuando en realidad está al servicio de sí mismo.

3. Violencia verbal de Jesús

Cristo era claro en la presentación de su plataforma de salvación: El venía a predicar la conversión. Quería reconducir a los hombres a las fuentes puras y limpiadas de una relación real y personal con Dios, sin amaneramientos viciados, sin convencionalismos artificiales, sin formalismos mentirosos. Quería que volvieran a esa relación con Dios “paseando por el jardín y conversando con los primeros hombres”, antes de que se cubrieran con hojas, sin esas máscaras deformantes que no permiten ver el azul de los ojos ni el rubor del rostro. Quería Cristo que todos tuviesen conciencia de que Dios escruta en lo íntimo, revuelve las conciencias, penetra en los oscuros meandros de la persona humana, en los misteriosos dobleces de la personalidad, escudriña los caminos del corazón en cuyas márgenes están los sueños y las ansiedades, los proyectos y las intenciones. Quería también, en vista de esta verdad, que adoptasen actitudes coherentes, pues si Dios ve las realidades invisibles ¿de qué sirven las fantasías con falsas lentejuelas de brillo efímero? ¿De qué vale un vocabulario perfumado e interesado? ¿De qué sirven los ojos en alto, los gestos afectados, las genuflexiones y las postraciones? ¿De qué sirven los trajes largos, las trompetas sonoras, las monedas tintineantes, la publicidad y los reportajes? O el hombre cree en la veracidad de Dios y se aleja de las deformaciones, o cree en las deformaciones y se aparta de Dios.

Y sobre este particular, Cristo escribió un capítulo especial en sus evangelios referido a un grupo de hombres de su tiempo que personificaban a la hipocresía en todo su rigor, hasta el punto de convertirse no sólo en el símbolo execrable del hipócrita, sino también en el perfecto sinónimo de la hipocresía: los fariseos. Este nombre, como el de hipócrita, inicialmente designaba a una clase, sin tonos peyorativos; pero, con el tiempo, asumió los vicios de esa clase y los incorporó, de tal forma que asumió el sentido viciado de la vida de aquellos que usaban este nombre.

En sus ataques, que son sin duda los más contundentes, Jesús emplea un lenguaje que no concuerda con el habitual, mostrando por una parte el esfuerzo que hacía para llamarlos a la realidad y, por otra, una cierta desesperanza mezclada con asco, pues sentía que allí se erguían obstáculos de tal densidad que ni siquiera sus palabras conseguían atravesar. Por esa razón, no había posibilidad de diálogo, ya que el término supone la circulación de la palabra. Pero a través de tales bloqueos no podía deslizarse palabra alguna, y menos la palabra de la Verdad, el esfuerzo profundo que hace el hipócrita es el de *engañar*. Quiere engañar: a sí mismo, a los demás y, en su presunción, también a Dios porque él “no es igual a los demás”; sobre todo, no es igual a aquellos que conoce y cuyos pecados conoce, justificando la observación de que cuanto más uno piense conocer a otro, más imperfectamente se conoce a sí mismo. Jesús sabía también esto, pues trata de ciegos a los fariseos. En Mt 23,25, después de usar la comparación de la limpieza del cuerpo y del exterior del vaso, mientras que por dentro están llenos de inmundicias, concluye: “¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa, para que también por fuera quede limpia!”. El *Vocabulario de Teología Bíblica* comenta: “Hay un nexo que parece justificar el pasaje de un sentido a otro: a fuerza de querer engañar a los otros, el hipócrita se engaña a sí mismo y se torna ciego con respecto a su propio estado, incapaz de ver la luz”.

Esta falsa noción de sí mismo lleva al hipócrita a buscar la estima y la admiración de los otros, sin tener valores o méritos que justifiquen el reconocimiento que intenta despertar en los demás. Roba, pues, lo que no le es debido usando la adulación y la mentira. De este modo desvirtúa (saca del campo de la virtud) las prácticas religiosas en todos los campos y manifestaciones, poniendo la limosna, la oración, el ayuno, la predicación, la presencia en los actos litúrgicos, el propio hábito religioso o las vestiduras litúrgicas, los servicios y el ejercicio de los dones recibidos de Dios, al servicio de “*hacerse notar*”, como muy sutilmente analiza Cristo cuando recomienda que no se toque la trompeta cuando se distribuyen las limosnas (Mt 6,2), que no se rece en los lugares de mayor visibilidad (Mt 6,5) que no se ayune con máscaras de propaganda haciendo alarde de que se está privando uno de unos gramos de alimento (Mt 6,16), porque es propio de esta clase de gente “hacer obras para ser admirados por los hombres..., ocupar los primeros puestos, ser saludados en las plazas y ser llamados maestros por los hombres” (Mt 23,5) Esta actitud provee al hipócrita de un sistema de alquimia a través del cual hace pasar sus obras viciándolas radicalmente, pues las sumerge en el charco de la falsedad.

En relación con la necesidad de “*hacerse notar*”, está la absorbente preocupación de “*salvar las apariencias*”. Es justamente esta preocupación la que lo lleva a tremendos engaños, a cometer,

“gaffes” espirituales desmedidas, como lo analiza nuestro Señor con una punta de ironía cuando dice a los fariseos de su tiempo: “¡Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello!” (Mt 23,24). Es decir que ponían toda la razón de su obrar en la impresión que podían causar a los hombres sin preocuparse de cómo veía Dios su proceder. Su mirada tropezaba siempre con el horizonte de la opinión pública, fuera del cual nada les preocupaba. Obraban, pues, literalmente en el campo de las realidades materiales, excluyendo la influencia de la fe en su obrar. Dios, por lo tanto, nada tenía que hacer en estos corazones. El hombre se había vaciado de las aguas puras, transformando su interior en un desierto donde no se abre la flor y no crece el trigo, cuyo porcentaje es la alegría del sembrador.

Esta preocupación de impresionar bien, los llevó a elaborar también un sistema de casuística cuyas interpretaciones tenían la apariencia de sabiduría y piedad, pues jugaban con los preceptos de Dios y con el propio Dios. De allí que su oración tomaba una forma externa tendiente a llamar la atención, a ponerse en el centro y ocupar el lugar de Dios. Por eso, recurriendo a Isaías, Cristo los apostrofa: “¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías de vosotros cuando dice: Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí”. Tan convencidos estaban de su proceder que no sólo tomaban el lugar de Dios en el momento de la oración, sino que también, en su loca pretensión de querer guiar a los otros hombres, se constituían en guías y maestros, se atribuían títulos, conseguían diplomas, acuñaban distintivos, legislaban privilegios, instituían cátedras, y pontificaban como soberanos

En el fondo, sin embargo, no los movía ningún interés por los pobres extraviados y analfabetos de Dios que los buscaban. Por el contrario, se aprovechaban de la miseria reinante para levantar sobre ella un pedestal para su propia gloria personal.

Tal actitud indignó a Cristo que los trató de “ciegos que guían a otros ciegos, marchando todos hacia el abismo” (Mt 15,4). Por eso sus enseñanzas y sus consejos, sus leyes y decisiones, son la mala levadura (Lc 12,1) que, en vez de levantar la masa y transformarla en pan que alimenta, la penetra de elementos disolventes, venenosos, separatistas y deteriorantes. Por eso, la presencia y acción de los fariseos en medio de la comunidad se torna un permanente peligro, pues “devoran las casas de las viudas”, “transforman al prosélito doblemente en hijo del infierno” (Mt 23,13), “distinguen la paja en el ojo del prójimo y no ven las enormes vigas de maldad que les oscurecen la mirada” (Mt 7,4). Su peligrosidad queda caracterizada con la expresión contundente de “falsos profetas que visten pieles de oveja y ocultan sentimientos de lobos rapaces” (Mt 7,15). El profeta es el encargado de la palabra de la Verdad y, cuando comercia con ella, su misión se pone al servicio de causas ocultas y de su propia vanagloria. Dejan a Dios de lado y ellos mismos se hacen dioses; abandonan el mensaje de Dios y difunden el propio. Abandonan los intereses de Dios y abrazan los intereses personales.

Ese conjunto de actitudes y modos de ser, esta visión distorsionada de la realidad y de la verdad ese fundamento en la materialidad, esa obcecación, esa tenacidad y ese apego a los propios puntos de vista, llevan fatalmente al *endurecimiento*, a la cerrazón del corazón. La palabra ya no encuentra terreno propicio para crecer: es el tramo duro del camino, hollado por los hombres y por los vehículos de que habla la parábola. Cristo sintió concretamente esta oposición sistemática a la predicación del Reino, oposición que no consiguió derribar ni siquiera con sus “signos”, que para ellos no eran más que artimañas de Belzebul (Mt 12,23). Querían signos diferentes, o mejor dicho, signos que no demoliesen sus teorías e ideologías sino que las fortificasen. Frente a tal endurecimiento, Cristo intentó llamarlos a la evidencia desenmascarándolos delante del pueblo, exponiendo, como en un libro abierto, las miserias profundas que roían sus almas como los gusanos dentro de un sepulcro roen los restos de la muerte, apelando a los castigos que sobre ellos caerían porque como árboles malditos afeaban el jardín del Padre. Pero nada de esto los disuadió.

Persistirán en su camino, en sus posiciones, en sus puntos de vista, ciegos a todos los signos de su tiempo, obstinados en no aceptar la plenitud de los tiempos, rebeldes al mensaje de salvación, oponiéndose a Cristo, en quien categóricamente se negaban a reconocer al suspirado Mesías. Pareciera que Cristo no ve ya la posibilidad de regar aquella tierra pedregosa y hostil. No encontrando ya en su pedagogía ningún elemento más que los pueda reconducir o convencer, lanza sobre ellos las más graves amenazas –casi maldiciones– que salieron de su boca: “¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo

vais a escapar a la gehenna?” (Mt 23,33). Ellos no estaban en condiciones espirituales como para entender “la misericordia” del corazón de Cristo (Mt 12,7). Por eso serán juzgados por la reina de Saba y por los habitantes de Nínive que se dejaron cuestionar por la Palabra.

La lucha trabada por Cristo con los fariseos, adquiere un colorido dramático; no está en juego un hombre contra otro, sino que son las actitudes las que se batan a duelo, porque Cristo se colocó no solamente frente a un puñado de hombres de su tiempo, sino frente a la humanidad de todos los tiempos, de la cual nacerían siempre –con relativa abundancia– los cultores de los postulados farisaicos, como epidemia que va debilitando la influencia del Evangelio, que va poniendo obstáculos a la semilla arrojada en el corazón de cada uno, interfiriendo en la implantación del Reino, retrasando los planes de Dios. Por todo esto, al hablar de la hipocresía, no podemos contentarnos con una contemplación histórica, sino que debemos entrar hasta el fondo de nosotros mismos y detectar los estragos que tal compañía puede estar produciendo en la construcción de la santidad a la cual fuimos llamados.

4. El habitante clandestino

Así como la hipocresía no era un privilegio de los fariseos, sino que su presencia estaba mucho más generalizada, en nuestros días, con la misma sutileza se insinúa en los más variados ambientes y puede instalarse perfectamente en la vida religiosa, la cual por sí misma no es garantía contra la invasión indeseada de este deformador de conciencias que se llama hipocresía. Hay situaciones, funciones en la vida, posiciones en la historia, misiones específicas que corren un especial riesgo de permitir el hospedaje de este inquilino poco recomendable. Deben ejercer una vigilancia particular, principalmente aquellos que reciben la función de guías.

Como observamos más arriba, la hipocresía devasta el interior del hombre del cual se apodera. Además de esto, hay momentos en la historia en que el hombre se ve impulsado al encuentro de la hipocresía, la cual se torna como una necesidad para superar la problemática del momento. Estas consideraciones demuestran que es necesario reflexionar y meditar y, sobre todo, hacer un serio examen respecto a nuestra vulnerabilidad personal. Al analizar más arriba las “actitudes de los fariseos, constatamos en ellos, entre otras consecuencias, un estado de alma marcado por la impenetrabilidad, por la ceguera respecto de sí mismos, por el ansia desmedida de hacerse notar, por el constante esfuerzo de salvar las apariencias, por la loca pretensión de sustituir a Dios, por la cerrazón a los valores reales, por un endurecimiento doloroso, que ha cortado todas las posibilidades y demolido el diálogo con Dios, engendrando así almas desengañadas, sin esperanzas, desesperadas, presas trágicamente en las cadenas de la ambición, sobre todo inseguras e intranquilas. Y no se necesita nada más para hundirse en la infelicidad.

La hipocresía no es un vicio que se alinea con los demás. Es una fuente de vicios. Es como un líquido contaminado que se insinúa a través de la personalidad, tornándose raíz y generadora de vicios. No es un obstáculo solitario, una piedra escondida en el camino, sino una muralla que arroja sombras siniestras sobre el camino del hombre. Junto a esta muralla no crece la vegetación ni brotan fuentes; por eso la vida se aparta de estos parajes. La hipocresía se propone un objetivo falso: por eso todo cuanto asume tiene el efluvio violento de las cosas en putrefacción. Alejandro Herculano, el novelista portugués, con su vigoroso estilo, la define así: “La hipocresía, suprema perversión moral, es el charco podrido y estancado que impregna la atmósfera de miasmas mortíferas y que salpica al hombre en medio de risueños paisajes; es un reptil que se arrastra entre las flores y muerde a la víctima descuidada”.

Como escribíamos más arriba, nuestra situación de religiosos no nos libera de este peligro que puede estar perjudicándonos abiertamente, o bien velado en el fondo de nuestros comportamientos. De allí la necesidad de una mirada más profunda para descubrir su presencia. Nuestro examen debe apuntar en varias direcciones:

a) *Los actos*: Es propio de nuestra vocación religiosa, el desarrollo de una intensa actividad. Muchos de nosotros traemos, además, un espíritu activo que junto con lo característico de la vocación, forma en nosotros una fuerza siempre en actividad. Pero cuidado de que no nos suceda lo mismo que a algunos Tesalonicenses que, según escribía san Pablo, “andaban atareados sin hacer nada”, ya sea porque no tenían una finalidad o porque tenían una finalidad viciada. Podemos correr el mismo riesgo de los fariseos: obrar para llamar la atención, para hacernos notar, para salvar las apariencias. Cristo varias veces se refiere a los que tienen su recompensa ya en este mundo, porque se contentan con los aplausos humanos. Son hombres de horizonte corto, que termina allí donde terminan los intereses humanos y sus manifestaciones.

Si uno se ha consagrado al Señor, igualmente ha consagrado todo cuanto puede producir. Su cuerpo está consagrado con todas sus potencialidades de trabajo y de producción. Su espíritu está consagrado con todos sus ímpetus y aspiraciones, con todas las gracias y bellezas que puede derramar a su alrededor. Y todo lo que fue consagrado al Señor, al Señor pertenece, como recuerda san Pablo: Quien tiene mujer o marido, debe agradecerles; por lo tanto, ellos pueden estar en la mira de su obrar. Sin embargo, quien se desposó con el Señor debe agradecer al Señor; por lo tanto. El es la mira y el objetivo del obrar del consagrado. El P. Manuel Bernardes –que infelizmente quedó confinado al campo de la literatura cuanto tanto tiene de místico– escribía: “El hipócrita es un santo pintado: tiene las manos juntas, pero no ora. El libro en la mano, pero no lee. Los ojos bajos, pero no se desprecia”.

Tal vez nada nos pueda engañar tanto como nuestros actos, ya que nuestra mentalidad –y no solamente hoy día– está volcada a la acción, y la acción se caracteriza por hacer o producir cosas. Engañados por esta concepción, centramos nuestra vida en la acción sin purificar los objetivos. Sobre todo olvidamos o desvalorizamos la acción inmóvil, es decir, la oración, la meditación y la contemplación. Nos falta mucho para alcanzar el equilibrio entre acción y oración. Que nuestra mirada atravesase la acción en sí, penetre en su raíz y vea en qué dirección se mueve. Recordemos que el árbol estira su copa siempre en dirección a la luz y que es esta luz la que lo viste de verde brillante y le comunica la savia de la fertilidad. Que nuestras acciones busquen esta luz, para que de ella mane la energía purificadora de todo nuestro obrar y, aun cuando estemos cercados de adoradores de la hipocresía, podamos orientar nuestros actos hacia aquel que “está en lo secreto, ve lo secreto y recompensará las acciones” (Mt 6,2-6).

b) *Las relaciones*: Nuestra vida humana y social nos coloca en constante relación con el otro. Él se torna la fuerte razón de nuestro obrar y proceder. Se convierte, sin duda, en causa de mucho sufrimiento, pero es también la fuente de nuestra alegría y nuestra mejor escuela de perfección. La vida religiosa se caracteriza por la relación, ya que la comunidad es condición básica para la vivencia de los carismas religiosos. Dentro de esta comunidad vamos a encontrar una serie de problemas; pero es además en esta comunidad donde encontramos los valores que llevan nuestra humanidad a su pleno florecimiento y llevan nuestra santidad a su pleno logro. Pero, lo mismo que en el caso de las obras, también aquí se corre el serio riesgo de viciar las relaciones, llevándolas al orden de la apariencia: relacionarse para ser vistos y amados. No olvidemos nunca que la amistad verdadera, la relación edificante, el intercambio de nuestras riquezas personales, solamente será posible en la sinceridad, aun cuando la experiencia nos haga difícil aceptar estas afirmaciones. Lo que me arranca una sonrisa, o me hace emplear buenos modos, lo que me hace utilizar los dones de fraternidad, no es solamente la conveniencia y la conservación de un determinado estado de paz, sino una razón más profunda: “He venido para que tengan vida”. Por tanto, yo vine para dar algo muy grande, muy precioso, muy mío. Y para darlo, por ser tan mío, debo sentir las picaduras, las heridas, las mordeduras, las contusiones nacidas del esfuerzo por ser hermano. La paz es profunda si nace de razones profundas. Si las razones son periféricas, la paz será frágil como la hermosura de las flores expuestas a la inclemencia del vendaval.

La razón de quien ha comprendido su misión, se transparenta en todas sus relaciones, así como también se transparentan las razones donde ha entrado el taladro de la hipocresía; Shakespeare decía: “Un hombre puede agradecer y sonreír y no ser sino un facineroso”. Una relación pura, brotada de la teología de la fraternidad, es sin duda algo difícil y tremendamente exigente, pero ni la vida religiosa

ni el religioso pueden eludir la misión de dar testimonio. En un mundo donde las relaciones humanas entran en el plano de los negocios y negociados, deben testimoniar que es posible vivir la verdadera fraternidad enseñada por el Señor. Tal como la vivió San Francisco de Asís, que supo relacionarse, en la pureza y en la simplicidad, en la verdad y en el amor. no solamente con los hombres sino con todas las criaturas, porque todas ellas provenían de Dios. Y habiendo descubierto el origen de los seres, descubrió también su finalidad y la finalidad de todo cuanto se relaciona con estos seres.

Difícilmente consigue el hombre engañar tanto como en sus relaciones. Hagamos la experiencia de analizar nuestra actividad de un día, con respecto a las personas con quienes convivimos, trabajamos o compartimos experiencias. Comparemos las manifestaciones externas de nuestras relaciones con las razones internas que las dictan, cuando lidiamos con nuestros superiores, con personas antipáticas, con hermanos que nos ofendieron, que son menos dotados material y espiritualmente... Porque amar de verdad es relacionarse en profundidad. ¿Y las relaciones con Dios? Son un capítulo aparte...

c) *Las misiones:* Nuestra vocación religiosa se explicita en las variadas actividades que somos invitados a desarrollar, en los cargos que nos ofrecen, en las funciones que nos tocan como miembros de una comunidad, en las posiciones que se nos confían dentro de la jerarquía que componen la gran sociedad y las pequeñas comunidades. He aquí otra fuente de peligros nacidos de la hipocresía, cuando todo esto se considera como una escala para llegar a los honores y al reconocimiento de nuestros dones y dotes. El poder es embriagador y utiliza un código ciego e insensible a todos los valores, porque se propone subir y subirá, aun pisando los cadáveres de quienes se interpongan en su camino. Caer en manos de la ambición significa tomar por compañera a la hipocresía.

Por eso Cristo considera los cargos, las misiones, las posiciones como un servicio; como una actitud de disponibilidad, comprendiendo que también esta posición, aunque revestida de brillo humano, es nuestra forma de colaborar en la implantación del Reino.

Es difícil purificar las acciones y las relaciones, pero más difícil es purificar el cargo, ubicándolo en su verdadera dimensión de servicio, donde la autoridad realiza su contenido etimológico: hacer crecer. El cargo puede ser una cruz, porque la misión del mismo Cristo se identifica con la cruz. Pero si entra aquí la hipocresía, desaparece el aspecto salvífico del cargo. Si se ubicaran los cargos en su verdadera dimensión, disminuiría la fila de aquellos que en lo íntimo de su ser aguardan la oportunidad de “aparecer”...

d) *Los pensamientos:* Lo que ya dijimos parece más evidente dadas sus manifestaciones externas; más difícil se hace encontrar el taladro de la hipocresía en nuestra intensa vida interior, donde establecemos nuestro tribunal de juicio y donde pasamos por un minucioso análisis los actos, las personas, el obrar de todos cuantos gravitan a nuestro alrededor o se relacionan con nosotros. Aquí se localizan nuestras intenciones. ¿Y habrá algo más misterioso que las intenciones del hombre?... ¿Habrá algo más sutil de dirigir que nuestras propias intenciones? ¿Y algo más enmarañado que nuestro mundo de intenciones? Estas intenciones que suben a nuestra boca en forma de palabras “porque de lo que rebosa el corazón habla la boca” y llegan a nuestras manos en forma de obras porque “el hombre bueno de su buen corazón saca cosas buenas; el hombre malo de su mal corazón saca cosas malas” (Mt 12,35).

Por eso Confucio recomendaba sabiamente: “Examinad vuestros pensamientos ¿Son puros? Que lo sean también vuestros corazones” Realmente existe una estrecha conexión entre pensamiento y corazón, entre pensamiento, intención y acción; habitualmente se afirma que las buenas acciones proceden de los buenos pensamientos y estos se amoldan a nuestra actitud con respecto a Dios. Nuestro trabajo se reduce a armonizar el interior con el exterior. Reglamentar el interior para que el exterior sea una consecuencia lógica. Para que los otros no piensen que uno está pensando otra cosa. Es el momento de la transparencia. De la sinceridad. De la honestidad. De ser consecuente.

Se me ocurre el ejemplo de San Francisco de Asís. Para curarlo de una gripe, el médico le prescribió que cosiese una piel de carnero en el interior de su hábito, a fin de calentarse el pecho. Francisco aceptó con la condición de coser un pedazo también en la parte de afuera. ¿Para qué? Para que todos

vieran que su penitencia no era total, como creían, pues atenuaba el frío con una piel de carnero. Quería que el exterior y el interior se casasen, para no generar una opinión errónea en los hombres que lo veneraban.

Esta concordancia entre pensar y obrar, entre parecer y ser, exige una vigilancia sobre nosotros mismos, acompañada del valor para cortar, dispensar, sustituir, poner freno a nuestra naturaleza siempre pronta a tomarnos por sorpresa y desprevenidos. Igualmente exige fe en las fuerzas del Señor y en los medios que Él nos dejó como vehículos, por Él mismo elegidos, para comunicarnos su energía y su vida, ya que en Él estamos injertados por muchos motivos.

Nuestro pensamiento es un laboratorio donde nuestras emociones se moderan, donde nuestros juicios toman forma, donde nuestras actitudes buscan raíces, donde nuestros gestos plasman formas concretas. De la salud de este pensamiento depende toda la salud de nuestras relaciones. De su pureza se reviste nuestro modo de obrar en relación con nuestros compañeros de jornada. Si este pensamiento se alimenta de eternidad, da testimonio de eternidad. Por eso el bellissimo consejo de San Pablo: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo...” (*Flp 2,5*).

5. *El antídoto: Las bienaventuranzas*

Frente a la existencia de la hipocresía, con su larga descendencia de males morales, y frente a la realidad de nuestra posibilidad de ser víctimas –parciales o totales, conscientes o inconscientes– de esta indeseable compañera, estamos llamados a asumir una actitud personal. Así como Cristo denuncia en el Evangelio la hipocresía y sus consecuencias, también ofrece al antídoto para que el alma y el corazón del hombre se conviertan en terreno donde esta planta no crezca. Nos pide que permanezcamos en la verdad, porque es ella la que se opone a todas las maquinaciones, falsificaciones, apariencias, tornasoles, luces y sombras, truculencias y aguas turbias. La verdad vence a las tinieblas, pues ha vencido al propio padre de las tinieblas (*Jn 8,44 ss.*) y al mundo con sus mentiras, ilusiones y seducciones. Y ella nos pone frente a frente a la realidad de nosotros mismos y a la realidad de Dios, y de la realidad de Dios nos transporta a las realidades circundantes. Es la verdadera sabiduría, sin los oropeles de la falsa ciencia, portadora de todos los bienes y riquezas, asimilada sin segundas intenciones, quien nos establece en la amistad con Dios (*Sb 7,11-14*).

Cristo, en sus predicaciones, combatió con energía las falsas posiciones y las ideologías torcidas de sus oyentes, viciados por la predicación farisaica y convencidos de su superioridad como pueblo elegido. Pero el Profeta que únicamente ataca, cumple sólo una parte de su misión. Debe también mostrar el otro lado, indicar otro camino, aun cuando sea más estrecho, interpretar bajo el ángulo del amor lo que hasta ahora se había estado viviendo a fuerza de temor. Todo el Evangelio quiere ser y es un programa de vida; más aún, es el único programa de vida. Si no fuera así, no existirían las familias religiosas que intentan vivir esta verdad bajo un aspecto especial, según lo que el Espíritu Santo haya revelado un día a un hombre o a una mujer con suficiente flexibilidad y capacidad de amar como para dejarse apresar por esta revelación y aceptarla como un desafío para cuya realización valía la pena empeñar la existencia.

Pero hay un momento en el Evangelio donde Cristo concentró en forma genial su programa de vida. Para anunciarlo, reunió al pueblo a su alrededor, pero quiso que los apóstoles fueran los más próximos, aquellos que un día seleccionara con una mirada de amor. Próximos, para que la proximidad física significara la proximidad afectiva. Próximos, para que nada de lo que fuese dicho escapara a su comprensión. Próximos, para que siendo los primeros en oír, fueran también los primeros en ejecutar. Próximos, para que se volvieran próximos a todos, según la forma que Él les mostraría. Es evidente que estamos pensando en las *Bienaventuranzas*.

El que las lee, puede quedarse en la ambigüedad: “Bienaventurados los que...”, parece significar un elogio, una canonización, un aplauso para los que consiguen escalar los ásperos peldaños preparados por Cristo. Significaría un reconocimiento para los que llegaron a la cima de la escalada. Pero estas

bienaventuranzas deben sonar en nuestros oídos como un grito que anime a los que *intentan* ser, a los que siempre vuelven a poner el pie en ese peldaño de donde fueron arrojados por sus malas inclinaciones o por la maldad de los hombres, o por el brillo ofuscante de las construcciones de los hombres, o por las interpretaciones malabáricas, de los que, siendo hipócritas, quieren parecer justos. Bienaventurado? sois vosotros, que siempre intentáis, purificar de nuevo vuestra vista para ver claro, sostener vuestro corazón para que germine el Verbo, cultivar la tierra para que fructifique la simiente, educar vuestras pasiones para transformarlas en compañeras de ruta, diluir vuestros miedos porque creéis en el Padre, distinguir el camino estrecho y recto en medio de los mil atajos que complican vuestro mapa de viaje, vaciar vuestra mochila de las baratijas de la vida que pesan y dificultan el paso, que miráis la miseria y la podredumbre de la carne con lágrimas en los ojos, sin hacer muecas o desviar el corazón, que intentáis hablar a los grandes y a los pequeños, no como quien pretende protección o adulación sino como quien ama la justicia y por ella se expone, que sabéis que sois pobres, miserables, indigentes, pero que en ese vacío Dios se complace en habitar, que estáis felices donde las circunstancias os colocaron porque entendisteis que vuestra misión es servir, que intentáis hacer producir vuestros talentos y no los envolvéis en los paños limpios de la negligencia o en los tejidos preciosos de la ganancia, que ofrecéis una palabra al caído a la vera del camino y un poco de vino y una gota de aceite, sin la importancia desdeñosa de pertenecer a una clase más elevada, que intentáis mirar el cielo y la tierra y entender su mensaje, que miráis la oscuridad de la noche y sabéis que, aunque no sean perceptibles, las estrellas continúan brillando, que os alegráis con la salvación, que no condicionáis vuestra vida y vuestra producción al miedo de las cadenas y los azotes, que no os avergonzáis de mostrar que vuestro camino es el de Dios y que a Él sólo escogisteis como único amor de vuestras vidas, que no sentís aversión por el trabajo no remunerado y sin la garantía de las previsiones, porque creéis en el fondo de vuestro corazón que sois más amados que los lirios del campo y valéis más que todas las aves que son como puntitos en los cielos abiertos, que hacéis de la obediencia un constante ejercicio de oír en profundidad y descubristeis que Dios puede hablar a través de instrumentos que repugnan a vuestros sentidos y a vuestras cotizaciones de valores, que intentáis buscar un lugar silencioso porque estáis convencidos de la posibilidad del diálogo con Dios y del valor de la oración, no viciado todavía por el activismo petrificante, que intentáis permanecer en una silla de ruedas o en un lecho que os inmoviliza con la serenidad de quien está cumpliendo con su turno de guardia junto a los tabernáculos del Señor, que siempre volvéis otra vez a los grupos de los hombres cuya hostilidad pretende inutilizar vuestra acción, que creéis en las pequeñas cosas y en las grandes cosas, que dais crédito a los hombres aun cuando estén enjaulados en los múltiples cubículos que la sociedad de consumo ha inventado con la excusa de sobrevivir y progresar, porque sentís que “en el avaro más miserable, en lo íntimo de la prostituta y del bebedor, existe un alma inmortal, santamente ocupada en respirar que. excomulgada durante el día, practica de noche la adoración” (Paul Claudel), lo cual os hace sentir que el amor cristiano va más allá de los vicios pues el mismo Cristo comía con los “pecadores” y afirmaba que los ladrones y prostitutas tenían más condiciones para salvarse que los fariseos, que intentáis entender que no son solamente las circunstancias adversas en que vivimos ni los hombres mezquinos que nos rodean los responsables de nuestro raquitismo espiritual y de nuestra estatura enana de hombres de Dios, y que no solamente el terreno áspero en que estamos plantados tiene la culpa de la acidez que llena vuestros escasos frutos; que intentáis ser como niños que se caracterizan por la falta de experiencia y de prudencia, por la ausencia de cálculos y de complicadas operaciones de comportamiento, sin malevolencia en sus miradas ni en sus palabras, sin duplicidad ni manejos sinuosos en sus palabras y proyectos, pero que brillan por su espontaneidad y docilidad, por la limpidez de su mirar y la pureza de sus intenciones, que creen lo que oyen y saben ver un elefante en el vientre de una cobra sin confundir la imagen con un sombrero, que creen en la fuerza de la mano de la que se agarran y sienten el calor del corazón sobre el que se recuestan, que no preparan discursos para defenderse cuando se les piden explicaciones y por todo esto son herederos del reino de los cielos; bienaventurados sois porque creéis que sois herederos del cielo, pero sobre todo que existe este cielo, punto final y meta de todos los caminantes, que creéis en la muerte y no la teméis porque ella es la hermana que nos conduce plácidamente a la última y rápida etapa que establece la tenue separación de las dos realidades, tan tenue que no llega a ser separación, y aceptáis sus preanuncios y avisos a través de la edad, las enfermedades, las dolencias y los accidentes, porque todo conduce al amor de Dios cuando se hace por amor a Dios. ¡Bienaventurados sois vosotros! ¡Bienaventurados!

6. Al servicio del corazón

El Libro de los Proverbios enseña que “manantial de vida es la boca del justo, la boca de los malos, por el contrario, esconde la injusticia; y los labios del justo están habituados a la gracia, la boca de los impíos a la perversidad” (*Pr* 10,11-12. 32) La duplicidad, el engaño, la mentira que se elaboran en el corazón del hombre se corporifican en la palabra, así como también la simplicidad, la verdad y la sinceridad envuelven la palabra que sube a los labios. Por eso rezaba el salmista: “Coloca, Señor, una guardia en mi boca, un centinela a la puerta de mis labios” (*Sal* 140,3). No se trata sólo de la boca que maneja un vocabulario, combinándolo en frases que expresan un pensamiento. Se trata de toda una manera de actuar: es el proceso de conversión que modifica nuestros puntos de vista, mejorando así nuestras relaciones. En cada uno de mis gestos o movimientos, en cada intento de ir al otro o de acoger al otro, pongo el retrato de mi alma. Mi preocupación debe ser buscar la armonía entre lo que sucede en mi alma y lo que sucede en mis manos, entre lo que piensa mi corazón y lo que mi boca pronuncia. Es el intento de hacer que el sí sea sí y el no sea no, sin que mi interlocutor necesite recurrir a las reglas de la hermenéutica para saber si afirmo o si niego, si alabo o si condeno, si exalto o rebajo, si me lamento o me regocijo, si amo o si odio.

La impresión de mi falsedad es refleja: lo que intento comunicar falsamente a otro, vuelve a mí en forma de disgusto e inquietud. Todo lo que está contaminado tiene el gusto viciado de un producto en putrefacción y el color turbio de los elementos destinados a la destrucción. La inquietud en el fondo de nosotros mismos va impregnando la vastedad de todo nuestro ser, robándonos la paz. Y el hombre sin paz es el candidato más seguro a la infelicidad, porque nada está tan ligado a la felicidad como la verdad.

Bienaventurado (*makários*) para lo griegos de la antigüedad significaba estar libre de sufrimientos y preocupaciones; por eso era, por excelencia, el predicado de los dioses. Para los judíos el término sonaba a bienestar material, resultado no obstante de la fiel observancia de la ley. Para el cristiano esta palabra evoca la felicidad espiritual que proviene de la posesión del reino de Dios. No vamos al encuentro de las bienaventuranzas para que nos hagan bienaventurados, sino que las llevamos dentro de nosotros; por eso somos ya bienaventurados, aun cuando estemos embotados por las pulsiones que distorsionan las formas y diluyen los contornos. Pero en el fondo sentimos la necesidad de esta felicidad y estamos convencidos de que está a nuestro alcance: solamente debemos acogerla con sinceridad, en la sinceridad convivir con ella y pasarla a los otros sinceramente.